

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

Juego de niños

La añoranza que sentimos por nuestra niñez no es totalmente justificable: un hombre puede conservar mucho de ella sin miedo a la burla pública: pues, aunque los cambios nos hacen sacudir la cabeza, somos conscientes de la variedad de ventajas de nuestro nuevo estado. Lo que perdemos en impulso generoso, lo ganamos en el hábito de observar generosamente a los otros; y la capacidad de gozar de Shakespeare puede compensar una actitud perdida para jugar a los soldados. Además, el terror abandona nuestras vidas; ya no vemos al demonio en las cortinas de la cama ni permanecemos despiertos escuchando el viento. Ya no vamos a la escuela; y si sólo hemos cambiado un penoso trabajo por otro (lo cual no es seguro en absoluto), estamos libres para siempre del diario miedo al castigo. Y no obstante, un gran cambio nos ha sobrevenido y, aunque el placer que obtenemos no es menor que antes, al menos lo obtenemos de forma distinta. Ahora necesitamos pepinillos para que el carnero frío del jueves satisfaga nuestro apetito el viernes; y yo me acuerdo del tiempo en que llamarlo venado rojo y contarme a mí mismo una historia de cacería, lo hacía más gustoso que la mejor de las salsas. Para las personas que ya han crecido, el carnero frío es siempre carnero frío; y ninguna mitología inventada por el hombre lo hará mejor o peor para ellas; el hecho palpable, la flagrante realidad del carnero se lleva por delante tales entelequias seductoras. Pero para el niño, todavía es posible lanzar encantamientos sobre la mesa del comedor; y sólo con que haya leído algo sobre un plato en un libro de cuentos, será para él maná celestial durante una semana.

Si una persona mayor no le gusta comer y beber y hacer ejercicio, si no es algo positivo en sus gustos, significa que su cuerpo está débil y tendrá que tomar alguna medicina; pero los niños pueden ser espíritus puros si quieren y vivir felices en un mundo imaginario. Las sensaciones no cuentan tanto en nuestros primeros años como después; algo de ese adormecimiento entre pañales de nuestra infancia se nos queda adherido; vemos, tocamos y oímos a través de una especie de niebla dorada. (...)

Robert L. Stevenson



Klaus Ensikat

Nosotros, los mayores, podemos contar-nos una historia a nosotros mismos, dar y recibir golpes por encima de la hebilla del cinturón, ir a caballo lejos y rápidamente, casarnos, decaer y morir; todo eso mientras permanecemos sentados junto al fuego o acostados en la cama. Esto es exactamente lo que un niño no puede hacer, o no hace, por lo menos mientras puede encontrar otra cosa. Todo lo resuelve con maniqués y aderezos teatrales. Cuando su historia llega al momento de una pelea, tiene que levantarse, enarbolar algo a modo de espada y tener una escaramuza con una cortina, hasta quedarse sin aliento. Cuando cabalga con licencia del rey, tiene que montar sobre una silla, a la que llevará tan de prisa y tan espoleada y sobre la cual se esforzará tan furiosamente que el mensajero llegará, si no ensangrentado por las espuelas, al menos muy rojo por la precipitación. Si su novela trata de un accidente sobre un risco, para que su imaginación quede satisfecha, tiene que escalar en persona la cómoda y dejarse caer de verdad sobre la alfombra. Los soldados de plomo, las muñecas, todos los juguetes en general, son de la misma categoría y responden al mismo objetivo. (...)

“Cuando edificamos castillos en el aire y personificamos al personaje principal de nuestras propias novelas, es cuando volvemos al espíritu de nuestros primeros años”

La gente que choca con ese espectáculo se admira del poder imaginativo de los niños. En realidad habría que decir dos palabras sobre esto. En ciertos aspectos, el niño sólo muestra una fantasía muy pedestre. Son los mayores quienes escriben los cuentos; todo lo que hacen los niños es preservar el texto celosamente. Entre una docena de razones por las cuales *Robinson Crusoe* es tan popular entre los niños, una es que llega a su nivel en esta materia con la mayor precisión; Crusoe siempre estaba de interino y tenía que *jugar*, ni más ni menos, a una gran variedad de profesiones; y por ello, el libro habla de todo tipo de herramientas y no hay nada que deleite más a un niño. Los martillos y las sierras pertenecen a un sector de la vida que exige la imitación activa. Los dramas líricos juveniles, seguramente del más antiguo modelo dramático, en el que los negocios de la humanidad son simulados sucesivamente según el estribillo “En una fría y escarchada mañana”, proporcionan un buen ejemplo del gusto artístico de los niños. Y esta necesidad de acción abierta y de maniqués da testimonio de un defecto en la imaginación de los niños que les impide

protagonizar sus novelas privadamente en su propio interior. No conocen todavía lo suficiente del mundo y de los hombres. Su experiencia es incompleta. Esa guardarropía y ese escenario que llamamos memoria está tan mal provisto que puede acometer pocas combinaciones e incorporar pocas historias para su propia satisfacción sin alguna apoyatura exterior. El niño está en un estadio experimental; no está seguro de cómo se sentiría uno en determinadas circunstancias; para asegurarse, debe tratar de aproximarse a ellas tanto como sus medios se lo permitan. (...)

Naturalmente, el verdadero paralelo para el juego no se puede encontrar en el arte consciente que, aunque se derive del juego, es en sí mismo algo abstracto e impersonal y depende en gran medida de intereses filosóficos que están fuera de la esfera de la niñez. Cuando edificamos castillos en el aire y personificamos al personaje principal de nuestras propias novelas, es cuando volvemos al espíritu de nuestros primeros años. Sólo que hay varias razones por las cuales el espíritu ya no se siente tan tolerante. Hoy en día, cuando admitimos este elemento personal en nuestras divagaciones, podemos evocar recuerdos poco agradables y dolorosos y reavivar profundas y viejas heridas. Nuestros sueños diurnos ya no pueden permanecer en el aire como una historia de *Las Mil y una Noches*; más bien nos cuentan la historia de una época en la que hemos tomado parte, donde atravesamos por muchos pasajes infortunados y vimos nuestra conducta vivamente reprendida. Y entonces, atención, el niño representa su papel. No se lo repite simplemente a sí mismo, salta, corre, hace circular la sangre excitada por todo su cuerpo. Y así el juego le proporciona vida y, tan pronto como asume una pasión, le da salida. (...)

Pensar en esta estructura de la mente es llegar a inquietarse acerca de la educación de los niños. Está claro que viven en una época mitológica y no son contemporáneos de sus padres. ¿Qué pueden pensar de ellos? ¿Qué pueden pensar de esos gigantes con barbas o faldas que observan desde arriba sus juegos? ¿Quiénes se mueven por un nebuloso Olimpo, siguiendo designios desconocidos, apartados de los goces racionales? ¿Quiénes profesan la más tierna solicitud por los niños y, sin embargo, a cada

momento se inclinan desde su altura y reivindicar terriblemente las prerrogativas de la edad? El niño se desarrolla doliéndose corporalmente, pero moralmente rebelde. ¿Hubo nunca divinidades tan impensables como los padres? Yo daría mucho por saber cuál es, en nueve casos de cada diez, el verdadero sentimiento del niño. Un sentimiento de mimos pasados, un sentimiento de atracción personal, muy débil en el mejor de los casos; sobre todo, imagino yo, un sentimiento de terror por el residuo de humanidad no experimentado; de todo eso está hecha la atracción que él siente. ¿No es extraño, pobre pequeño, que con un mundo tan turbulento frente a él, se aferre a la mano que conoce! La espantosa irracionalidad de todo el asunto, según aparece para los niños, es una cosa que estamos siempre demasiado dispuestos a olvidar. “Oh, ¿por qué?”, recuerdo que me preguntaba apasionadamente. “¿Por qué no podemos ser todos felices y dedicarnos a jugar?” Y cuando los niños filosofan, creo que es exactamente sobre esto mismo, por lo general.

Al menos una cosa se deduce claramente de estas consideraciones; que cualquier cosa que sea lo que debemos esperar de manos de los niños, no será una frívola exactitud en cuestiones de hecho. Se pasean en un fantástico espectáculo entre nieblas y arco iris; están apasionados por sueños y no les afectan las realidades; el habla es un difícil arte no completamente aprendido; y no hay nada en sus propios gustos o propósitos que les enseñe lo que nosotros entendemos por veracidad abstracta. Cuando un mal escritor es inexacto, aunque pueda referirse a un periodo de medio siglo, le acusamos de incompetencia y no de deshonestidad. Y ¿por qué no extender la misma tolerancia a los hablantes imperfectos? Permitimos que un corredor de bolsa sea mortalmente estúpido sobre poesía, o que un poeta sea inexacto en los detalles de los negocios, y les excusamos de buen grado. Pero si se nos muestra un miserable ser humano sin pantalones, cuya profesión consiste exclusivamente en tomar una barrica por una ciudad fortificada, y una brocha de afeitar por un estilete mortal, y que pasa los tres cuartos de su tiempo en un sueño y el resto en abierta decepción de sí mismo y esperamos de él que sea tan sutil acerca de los hechos como

un experto científico demostrando la evidencia. A fe que es algo indecente. No consideramos cuán pequeño ve el niño, o lo rápido que es para urdir lo que ha visto en una ficción desatinada; y que no se preocupa más por lo que nosotros llamamos verdad que nosotros por un dragón de mazapán.

Mientras escribo, he recordado que los niños inquietan mucho acerca de la verdad precisa de las historias. Pero, en realidad, éste es un asunto muy distinto e inseparable del tema del juego y de la cantidad precisa de travesura o capacidad para el juego que debe buscarse en el mundo. Muchas de estas candentes cuestiones deben surgir en el curso de la educación infantil. Entre la fauna de este planeta, que abarca tanto al gallardo soldado como al terrorífico mendigo irlandés, ¿debe esperar o no el niño un Barbazul o un Cormorán? ¿Debe o no buscar magos poderosos y amables? ¿Puede o no esperar razonablemente ser abandonado sobre una isla desierta o reducido a proporciones tan reducidas que pueda vivir en términos de igualdad con sus soldados de plomo y partir para un crucero en su propia goleta de juguete? Seguramente todas estas son cuestiones prácticas para un neófito que entra en la vida con la intención de jugar. El niño puede comprender la precisión sobre este punto. Pero si sólo le preguntamos acerca de su conducta pasada, como, por ejemplo, quién lanzó tal piedra o encendió tal otra cerilla o si ha mirado dentro del paquete o si ha pasado por un camino prohibido, él no puede ver ninguna importancia en ese interrogatorio, y diez a uno a que ya lo ha medio olvidado y medio confundido con imaginaciones posteriores.

Sería fácil dejarlos en su nebulosa tierra natal, donde aparecen tan hermosamente bellos como las flores y tan inocentes como los perros. Saldrán bastante pronto de esos jardines y tendrán que entrar en sitios como oficinas y banquillos de testigos. ¡Preservadles aún un poco, conscientes padres! ¡Dejémosles dormir entre sus juguetes todavía un poco! Pues quién sabe qué dura existencia de luchales espera en el futuro. ❌

Tomado de: *Virginibus Puerisque*.
Versión española de Mary Sol de Mora
Madrid: Taurus, 1979
(El texto original se publicó en 1911)

“Cualquier cosa que sea lo que debemos esperar de manos de los niños, no será una frívola exactitud en cuestiones de hecho”
